

ESTACIÓN PERMANENTE



editorial graviola

Derechos de autor:
José Antonio Funes ©

Ilustraciones:
Isabel Gómez Machado ©

Prólogo:
Margarita Leoz ©

Edición de texto y diseño editorial:
Editorial Graviola
Apoyo editorial:
Miren Estruch Santamaría

Foto de autor:
Martín Cáliz

Primera edición:
octubre 2023, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com
editorialgraviola@gmail.com

ISBN: 978-84-125039-9-9
Depósito legal: NA 2030-2023

ESTACIÓN PERMANENTE

José Antonio Funes

editorial graviola

ÍNDICE

LAS CITAS DEL AZAR.....	9
ESTACIÓN PERMANENTE.....	13
DEDICATORIA.....	15
LECCIÓN PRIMERA.....	17
HUESOS AL SOL.....	18
SÉPTIMO CIELO.....	19
BRUSELAS, CERO GRADOS.....	20
UNA AGUJA CRUZA LA HORA.....	22
LA VIDA ES LO QUE SUCEDE.....	23
LOS TRABAJOS DE LA LLUVIA.....	24
RETORNO.....	26
LOS FILTROS DE LA ANGUSTIA.....	27
HACEDOR DE LA PALABRA.....	29
RUEGO.....	31
PARÍS, TIEMPO NUBLADO.....	32
HABLA EL INMIGRANTE.....	36
LA CARCOMA.....	38
NI OLVIDO NI SILENCIO.....	39
EL DESCANSO DE VENUS.....	42
NO ES UNA ELEGÍA.....	43
RESISTENCIA.....	44
SU NOMBRE ES MEMORIA.....	45
UN LUGAR PARA MIS LIBROS.....	48
MEMORIA EN LA PLAZA DE ANAYA.....	49
EL VIENTO SILBA UN IDIOMA EXTRANJERO..	50
RESTOS.....	53
UN DÍA, CUANDO ME OLVIDES.....	54

LAS CITAS DEL AZAR

Conocí a José Antonio Funes de manera casual, como se conoce a las personas que terminan por dejarnos huella. Fue azaroso aquello, nuestro encuentro en la exposición del artista plástico Gustavo Armijo, cómo pusimos en común afinidades literarias, cómo congeniamos enseguida. Al día siguiente lo escuché recitar y más tarde lo leí en privado en una *plaquette* que él mismo me regaló en la Casa de La Ronda, en la ciudad de Gracias, Lempira. Esa *plaquette*, titulada *Ardientes postales*, la releí, la manoseé, la subrayé, escribí en sus márgenes. ¿Cómo era posible que aquellos versos —de alguien a miles de kilómetros, a miles de vidas de mí— me hablasen tan de frente, como si hubiesen sido escritos para mí en exclusiva? Todo sucedió en el festival literario de Los Confines, en el corazón verde, húmedo y montañoso de Honduras.

Por fortuna aquellos días los viví en una especie de paraíso —al margen de mi espacio y de mi tiempo— y no fui consciente de la dimensión del hombre con el que había conversado de manera a la vez distendida y profunda. O no quise ser consciente, porque la admiración y el deslumbramiento nos vuelven apocados y torpes. De regreso a España pude leer sus otros poemas, pues

José Antonio Funes tiene en su haber tres poemarios (*Modo de ser*, 1989; *A quien corresponda*, 1995; *Agua del tiempo*, 1999) e infinidad de colaboraciones en revistas literarias. Supe también de la trascendencia de su investigación sobre la principal figura del modernismo hondureño, Froylán Turcios, una búsqueda que no acabó con la tesis doctoral defendida con honores en la Universidad de Salamanca en 2003, sino que continúa —y me consta que continuará mientras José Antonio Funes conserve un hálito de vida— con publicaciones, traducciones, correspondencias y reediciones en torno a esa figura, la de Turcios, que lo persigue y lo fascina. José Antonio Funes ha compaginado su labor de poeta, ensayista e investigador, además, con la de diplomático, viceministro de Cultura y profesor universitario, y es académico de número de la Academia Hondureña de la Lengua.

En 2022 vio la luz su obra más reciente, *Balance previo*, una antología de sus poemas anteriores que incluía también algunas composiciones no recogidas en sus libros publicados. Aquel volumen fue recibido con excelentes críticas, pero ya era tiempo de que nos regalase un nuevo libro, ya era tiempo no de balances, sino de avances. Con *Estación permanente* vuelve la voz poética de José Antonio Funes, una voz que es un continuo, que no se ha marchado jamás. Ese regreso no se concibe sin una actitud de entereza frente a la devastación del tiempo («el tiempo sigue acumulando días muertos»), frente a la desesperanza («los filtros de la angustia», en palabras de Segisfredo Infante), frente a

la soledad («La soledad es una estación permanente, / cruel como los trenes que comen nieve en invierno»), frente a la violencia («Allí donde los desenterraron / la tierra es más dura y negra»), frente a la experiencia de la extranjería («Busqué otra patria / y agoté calles, parques, catedrales») o frente a la muerte y el olvido («las sombras que vagan en algún lugar de los sueños»).

Estación permanente es un poemario lúcido y hondo, que no mira de soslayo los embates de la vida, el malestar de la condición migrante («fruto caído en jardín ajeno») o el desamor («Él extiende sus brazos hacia ese espacio donde anidaba la ternura»). No agacha la cabeza, no claudica, como ya lo promulgaron unos versos de su primer libro: «Y saber arrodillarse / únicamente para amar». La perseverancia es ardua, pero el yo poético no está solo. Cuenta en sus filas con la amistad (léase el poema «Hacedor de la palabra», dedicado al poeta Alfredo Pérez Alencart), los libros («me defienden de esta soledad donde la casa es grande») o los recuerdos jubilosos («recuerda aquel beso en la plaza de Anaya / allí donde el sol o la nieve eran igual de hermosos»). Y a su lado está —como siempre lo estuvo, sobre todo y ante todo— el amor, quien, a través de imágenes naturales de mar, pájaros o lluvia, forma un solo ente, una sola carne, un solo cuerpo, junto a la belleza de la poesía. Así lo demuestran poemas como «Dedicatoria», «Séptimo cielo», «Ruego» o «El descanso de Venus», que concluye con los versos siguientes: «Sobre su desnudez / mi lengua ha escrito todas las palabras del deseo. / No hay paraíso más allá de esta

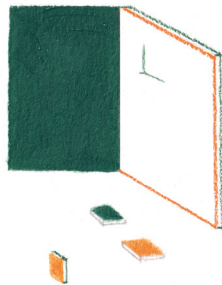
espesura de luz. / El silencio del mundo se inunda de poesía».

En un artículo sobre poesía hondureña actual aparecido en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* yo manifesté que leer a José Antonio Funes es entregarse a un universo de placer estético y tiempo dilatado, donde una se arriesga a desear habitar para siempre. Esto es así porque su estilo es esencial, su lenguaje clásico, sus palabras sucintas y precisas, sus imágenes rotundas y despojadas. Lo cristalino no requiere de circunloquios. El poeta Otoniel Guevara lo expresó mejor: «La belleza, cuando no falta ni sobra una palabra, tal la huella de José Antonio Funes».

Es probable que usted, lectora, lector, conozca al poeta, haya leído con anterioridad sus poemas y, por tanto, intuya las perlas que encontrará entre las páginas de este poemario. Pero si no es así, podría llegar a pensar que este libro ha caído en sus manos por puro azar, el mismo azar que me llevó a mí a Honduras por primera vez en octubre de 2021. Quizás no. *Il n'y a pas de hasard, il n'y a que des rendez-vous*, dijo Paul Éluard. No hay azar, solo citas. Quizás este libro haya sido escrito en exclusiva para usted, como ha sido escrito en exclusiva para mí. Estas son las citas del azar. Aquí empieza, en cualquier caso, su cita con la nueva poesía de José Antonio Funes.

Margarita Leoz
Pamplona, julio de 2023

ESTACIÓN PERMANENTE



DEDICATORIA

*Estamos instalados uno en el otro con la
vecindad de la sangre y la saliva.*

Jorge Ortega

Este poema es para ella
que aguarda en la otra orilla de la vida
con firmeza de raíz de árbol centenario,
con ternura de pistilo que sueña una flor,
perfume de la memoria.
La recuerdo aquí
desde esta casa sostenida con los muros de mis
huesos.
Abrazo el revés de su sombra.
Las ventanas respiran luz.



LECCIÓN PRIMERA

Qué crueles éramos.
Sordos al canto, ciegos a los colores,
amigos de la piedra y de la muerte,
matábamos pajarillos que apenas cabían en
nuestras manos.

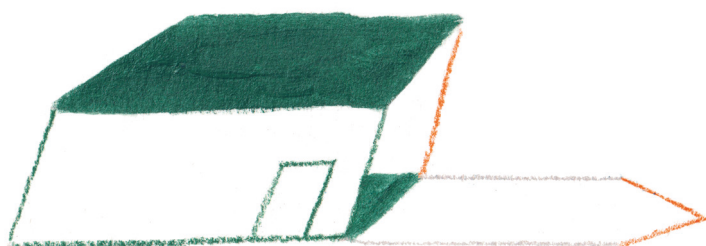
Qué injustos éramos.
Nos burlábamos del loco del pueblo
que sonreía a las nubes y a los trenes,
que soñaba con volar, con viajar, con huir de
esta miseria,
tan impasible como la sombra de los almendros.

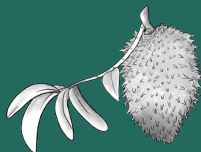
Qué bárbaros éramos.
Jugábamos a la guerra, a sobrevivir en la selva
del que era más fuerte, del que golpeaba más,
del que más humillaba.

Parecíamos adultos cuando niños: crueles,
injustos y bárbaros.

LOS TRABAJOS DE LA LLUVIA

El sol no pertenece a esa terraza
ni la primavera a esa flor
ni el mar a esa ola
ni la felicidad a los amantes que se juran amor
eterno.





editorialgraviola.com